

Recién empezó a trabajar en el Instituto de Investigaciones Científicas cuando conoció a Mario: de forma inmediata se sintió atraída por él. Era alto, moreno, inteligente y lleno de optimismo. Como ella, era biólogo, él estaba especializado en botánica y ella en genética.

Ambos formaban parte de un protocolo de investigación cuyo objetivo era el estudio de algunos géneros afines (plantas emparentadas) a los cítricos que transmitieran genes de resistencia a las enfermedades a especies comerciales como la naranja, limón, pomelo y que asimismo incidieran en la calidad del fruto.

Era fascinante la propuesta, no obstante estaba implícita en ella una gran cantidad de trabajo. Tendrían que recurrir a revisiones bibliográficas para documentarse acerca de técnicas y reactivos necesarios para llevar a cabo el proyecto.

Durante el desarrollo de la reunión, Alina estaba inmersa en estas reflexiones hasta que Gustavo, su jefe, la dio por concluida. Salió apresuradamente del despacho y Mario le dio alcance para preguntarle:

- ¿Lista para empezar o antes tomamos un café?-

- Mejor tomamos un café- Aceptó ella gustosamente.

- Alina, me agrada la idea de trabajar en equipo, y pienso que juntos haremos grandes cosas, porque nuestras especialidades se complementan perfectamente en esta tarea, Gustavo en esto acertó de lleno- Desbordaba entusiasmo, no paraba de hablar mientras ella sonreía con benevolencia.

Transcurrieron largas y fatigosas jornadas de ensayos en los que solo tenían tiempo para comidas frugales y cubrir necesidades básicas, aún así, cada vez estaban más unidos.

Alina pasó de la admiración al amor de una manera imperceptible, y además estaba segura de que a él le había pasado lo mismo. Sin embargo, sólo había tiempo para cruzar miradas cargadas de ternuras entre sustancias reactivas y tubos de ensayo.

Finalmente, la investigación concluyó con resultados satisfactorios, y ambos se tomaron unos días de descanso en los que se fortaleció su amor. Estaban hechos el uno para el otro. Todo marchaba sobre ruedas, acometían proyecto tras proyecto, los éxitos se sucedían sin cesar; eran imparables y estaban pletóricos de felicidad.

Pasaron los años, la dinámica de sus vidas no había cambiado, estaban consagrados por entero a sus trabajos y al amor que se profesaban y del que disfrutaban en los escasos ratos de ocio. Para Alina, si existía la perfección, ella ya la había alcanzado: por una lado, era una excelente profesional tanto en el campo de la investigación como en el académico, puesto que tras sus éxitos cosechados comenzó una ráfaga de llamadas para impartir conferencias, clases magistrales, etc.. Por otro lado, y de una manera imprevista, pudo rellenar el vacío de su vida sentimental cuando encontró a Mario, quien de alguna forma se convirtió en su familia, amante y amigo, aspectos que no había tenido tiempo de cultivar debido a la devoción por su carrera.

Por eso, fue un duro impacto cuando Mario le propuso consolidar su relación con un hijo. Aún recuerda casi todos los detalles de aquella conversación, porque a partir de entonces el mundo tal y como lo conocía comenzó a desmoronarse. Ella aún tenía muchas y muy buenas

ideas que desarrollar en investigación, y un hijo supondría más tiempo del que podía permitirse. Para él, en cambio, la prolifera carrera solo le aportaba una parte de la plenitud que anhelaba, el resto lo aportaría la llegada de un hijo.

Fueron muchas las horas invertidas en discusiones sobre el tema. Ella llegó a suplicarle que aguardara unos años para alcanzar el clímax de su desarrollo profesional. Todo fue en vano, lo que Mario quería, lo quería ya, y estaba dispuesto a conseguirlo incluso si no era con Alina.

Llegó el momento de hacer una elección: si él no estaba dispuesto a ceder dándole esos años de margen, ¿por qué iba a tirar por la borda tanto tiempo de entrega profesional? Sería algo que lamentaría el resto de su vida. Su decisión estaba tomada. A partir de ese momento, Mario y Alina acabaron su último trabajo juntos, y no volvieron a verse, puesto que ella aceptó la oferta de ser la directora de otro instituto de investigación.

Pasaron los años, y tanto Alina como Mario recibieron menciones de honor por sus trabajos individuales en la ceremonia de premiación de investigadores destacados. Ella, sentada en el centro del bonito salón, miró a la mesa contigua. Mario estaba allí en compañía de su esposa y sus preciosas gemelas, brindando entre ellos por sus éxitos acumulados. Alina sintió una honda tristeza, también ella estaba rodeada de éxitos, solo que no tenía con quién compartirlos.

Grizzel Mayeya Rosa